

# Los sueños de los animales

## Barbara Kingsolver

«Una conmovedora obra maestra... Una novela en la que el humor, la pasión y una magnífica prosa conspiran para agarrar al lector por el corazón y por el alma.» *New York Daily News*



«Si quieres dulces sueños, debes tener una vida dulce». Pero este consejo de Loyd, un atractivo apache, ferroviario y filósofo ocasional, está dolorosamente fuera del alcance de Codi. Sin sueños y contra las cuerdas, mientras envidia la vida comprometida que lleva su hermana Hallie ayudando a los campesinos nicaragüenses, Codi regresa a su pueblo de Arizona para enfrentarse a su pasado y a su padre enfermo. Lo que encuentra es un pueblo amenazado por una silenciosa catástrofe medioambiental, algunas sorprendentes claves sobre su propia identidad, una comunidad que la arropa y un hombre cuya visión del mundo podría cambiarle la vida. Con una combinación de *flashbacks*, sueños y leyendas de los indios norteamericanos, Barbara Kingsolver narra una entrañable historia llena de ternura y comprensión, una conmovedora exploración de los mayores compromisos de la vida, un convincente retrato de la compleja red de relaciones humanas a la que dan forma el tiempo, la memoria y la cultura.

*En memoria de Ben Linder*

## NOTA DE LA AUTORA

Grace, Arizona, y su estación del ferrocarril son lugares imaginarios, como el pueblo de Santa Rosalía, aunque este se parece a los pueblos keresan del norte de Nuevo México. El resto de lugares y sucesos que aparecen en el libro son reales.

Agradezco el ejemplo que me han proporcionado muchos voluntarios verdaderos de Estados Unidos que decidieron vivir y trabajar para la consecución de un nuevo orden social en Nicaragua durante la década posterior a la revolución de 1979. Con su trabajo junto al pueblo nicaragüense han contribuido de forma indeleble al avance del país y a su historia.

Por su apoyo y sus aportaciones a este libro quiero dar sinceramente las gracias a mi editora en Harper & Row, Janet Goldstein; a mi agente literaria, Francés Goldin, y a mi extraordinaria familia, en especial a Jessica Sampson (maquinista excepcional), a Wendell y Ginny Kingsolver, a Joe Hoffmann y a Camille Hoffmann Kingsolver, quien me ha ligado firmemente a este mundo.

# HOMERO

## 1 - LA NOCHE DE DIFUNTOS

Sus dos pequeñas están acurrucadas una junto a la otra, como los animales habituados a dormir bajo tierra, en el menor espacio posible. Cosima sabe que es la mayor, incluso cuando no está consciente: uno de sus brazos rodea el hombro de Halimeda como si con ello quisiera proteger a ambas de las pesadillas. El doctor Homer Noline contiene la respiración, intentando ver algún movimiento en la oscuridad, tal y como ha visto hacer a las embarazadas cuando cierran los ojos y escuchan en su interior tratando de sentir vida.

Un recorte de blanca luna entra por la ventana y divide drásticamente sus cuerpos en luz y sombra, pero no los separa. Cuando duermen así, ninguna luz podría mostrar dónde acaba un cuerpo y empieza el otro. Una madre podría tal vez distinguirlo, pero esa posibilidad quedaba fuera del alcance.

La cama de Halimeda sigue sin deshacer. Por la mañana la revolverá para que él crea que ha dormido sola, y después seguirán durmiendo juntas. Sus artimañas eran de una precisión quirúrgica. Pero la mañana queda infinitamente lejos, pues estamos todavía en las primeras horas de la noche del Día de Difuntos. Las dos se han pasado el día entero jugando en el cementerio con los hijos de sus vecinos, Pocha, Juan Teobaldo, Cristóbal y las gemelas, y han ayudado a Viola Domingos a construir un emparrado de caléndulas sobre la tumba de una tatarabuela ajena a la familia.

Él permanece largo rato agarrado al marco de la puerta, que es exactamente del tamaño del cráneo de un recién nacido y se siente en la palma de la mano con la mis-

ma curvatura. Observa a sus hijas, aunque no hay nada que observar, y piensa: «Una tatarabuela que no es asunto suyo». Decide que es el último año que van al cementerio para el Día de Difuntos. Allí hay demasiados esqueletos. La gente confía demasiado en la indiferencia de los niños.

Ambas están sumidas en ese desmayo lívido que se apodera de los niños cuando están rendidos, pero él ya no se tomará la molestia de acercarse a velar su sueño como hacía antes. Vería lo mismo de siempre: trenzas desenredadas y rodillas arañadas ocultas de sus dolorosos anti-sépticos. Esta noche también podría ver mejillas y párpados jaspeados con el polen amarillo de las caléndulas. Él se ha pasado la vida observando pequeños detalles desde la distancia. Desde el marco de la puerta puede oler el amargor de los pétalos de caléndula aplastados contra la piel.

Se oye un suspiro más profundo y ambas se mueven levemente. Sus largos cabellos se desparraman sobre las sábanas mezclando sus colores, los mechones rizados grácilmente enroscados en los lisos. Él siente una presión en el corazón que no es enfermedad, sino dolor puro y simple, y sabe que lloraría si pudiera. Y no por el río que no puede vadear para llegar hasta sus hijas, ni por la distancia, sino justamente por lo contrario. Por lo juntas que están ambas y por todo lo que tienen que perder. Pues mucho han perdido ya para su vida venidera.

# **COSIMA**

## 2 - LOS HUESOS DE HALLIE

Yo soy la hermana que no fue a la guerra. Solo puedo explicar mi versión de la historia. Hallie es la que se marchó al sur con su camioneta, sus libros sobre plagas agrícolas y el corazón ansioso por crear un mundo nuevo.

¿Quién sabe qué motiva a la gente a hacer lo que hace? Yo también he estado en un campo de batalla, pero fue cuarenta años después de acabar la guerra: norte de Francia, 1982, en un campo donde los granjeros no paraban de desenterrar esqueletos de vaca con sus arados. Esas habían sido las primeras víctimas de la ocupación alemana. En la repentina quietud que siguió a la evacuación, las vacas habían muerto lentamente y a millares sobre aquellos prados, abatidas por el dolor de sus ubres sin ordeñar. Pero ahora los granjeros, que se dedican al cultivo de la remolacha, decían bendecir esos huesos. El suelo era rico en calcio.

Tres años después, cuando mi hermana se propuso dejar Tucson para trabajar en los campos de algodón de Chinandega, donde los granjeros sufrían emboscadas cuando volvían a casa pensando en la cena, me acordé de Francia. De esos vastos y verdes llanos rellenos de huesos. Uno se protege de manera inconsciente; era lo más parecido a Nicaragua que pude imaginarme. Aunque sabía que los huesos que abonaban esas tierras no eran de animales.

Ella se fue en agosto, después de la última lluvia de la temporada. Las tormentas de verano en el desierto son violentas y purificadoras. Te dejan como si hubieras llorado. Era la primera vez que Hallie me dejaba sola. Siempre había sido al revés, pues yo soy tres años mayor y tenía

que hacer las cosas antes. Ella estaba siempre intentando ponerse al corriente de adonde iba yo de nuevo, yo que seguía surcando la vida porque no encontraba una roca a que agarrarme. No porque quisiera marcharme. Hallie y yo estábamos tan unidas como unas gemelas siamesas mal emparejadas engarzadas por el subconsciente. Nos separábamos una y otra vez, y siempre parecíamos correr un riesgo clínico, como si nos tuvieran que liberar asumiendo un alto coste: el sacrificio de un órgano compartido. Nunca dejamos de sentir el filo del bisturí.

Pero ella se marchó. Y siguiendo los principios de la física familiar, la reacción de compensación opuesta, yo no tardé en hacer las maletas y en subirme a un autobús Greyhound en dirección nordeste. Creo que ambas volvíamos a casa, aunque en direcciones divergentes. Yo me dirigía a Grace, Arizona, donde Hallie y yo habíamos nacido y crecido y donde todavía vivía nuestro padre, quien según decían estaba perdiendo el juicio. Era domingo. Yo tenía asiento de ventanilla, y en un Greyhound se va muy arriba. Uno recorre la tierra como un rajá a lomos de un elefante que inspecciona su reino, que en mi caso era un paisaje desolado y agostado y los techos de muchos coches. No era muy diferente de mi vida habitual, pues soy muy alta, como mi padre y Hallie. No aparento lo que soy. Ellos sí, pero yo no.

Era media mañana cuando me bajé del autobús en Grace, y no lo reconocí. No podía haber cambiado tanto ni en catorce años, así que supuse que era cosa mía. Grace está hecho de cosas que se erosionan demasiado despacio para que uno se dé cuenta: muros del granito rojo del cañón, huertos de robustos frutales que vieron días mejores, y el cielo de un azul insolente e impoluto. Las casas se habían construido sin prisas en un tiempo en que el trabajo se daba por supuesto, y ahora seguían sin tener prisa en caer en ruinas. Unos mezquites artríticos crecían

en grietas imposibles del barranco, dando a entender que podrían adaptarse a la vida en Marte en caso necesario.

Yo era el único pasajero que bajó del autobús. El conductor, un tipo bajito y autoritario, abrió la puerta del portaequipajes y empezó a sacar maletas de malas maneras hasta llegar a la mía, como si yo le estuviera haciendo la vida imposible. Parecía dar a entender que una mujer más transigente se conformaría con cualquier bolsa de la primera fila. Al final arrojó mis dos enormes maletas sobre el polvo. Cerró la puerta de golpe y reclamó su trono haciendo que el autobús ladrara como un perro, dejando tras de sí una nube de gases de escape, diciendo la última palabra, supongo yo.

Desde allí la vista solo ofrecía huertos: pacanas, ciruelas y manzanas. La autopista seguía el curso del río, dividiendo los huertos como la raya mal peinada de una frondosa cabellera. Los árboles cubrían todo el valle hasta las laderas del cañón. En sus bordes, de espaldas al barranco, se agolpaban casitas semejantes a confetis de colores. Y en la cabecera del cañón se erguía la vieja mina de cobre de Black Mountain. Sobre el barranco que dominaba el valle, la solitaria chimenea de ladrillo de la fundición apuntaba obscenamente al cielo.

Llevé mis maletas hasta el borde de la acera. Cario, mi amante de los últimos diez años, a quien acababa de dejar, me iba a mandar un baúl desde Tucson en cuanto tuviera ocasión. Yo no poseía muchas cosas que me importaran realmente. Me sentía vacía y aturdida, sin reconocerme a mí misma: esa sensación que se tiene al dejar tu propia casa el día de la mudanza. Echaba de menos a Hallie. También a Cario... por las ocasiones perdidas. En el momento de la separación todavía dormíamos juntos, pero solo eso, dormir, dándonos la espalda. A veces Hallie tosía en la habitación contigua y yo me despertaba y me veía con un brazo rodeándole los hombros, mis dedos sobre su pecho, pero solo se debía a que uno tarda años en

adoptar nuevas posturas para dormir. Presta atención a tus sueños: cuando sales de viaje, sueñas que todavía estás en casa. Después, de vuelta a tu casa, sueñas con los lugares donde has estado. Es algo así como un *jet lag* del subconsciente.

A Cario le encantaba Hallie. Cuando él y yo volvimos a Tucson, los tres nos mudamos a una casa pequeña en una mala barriada, donde nos robaban las macetas de jade que teníamos en los escalones de la entrada hasta que Hallie pensó en atornillarlas al suelo. Disfrutábamos de la casa a más no poder. Hallie y yo preparábamos confitura de higos chumbos, cociéndolos, colándolos y vertiéndolos en tarros limpios de cristal cuando estaban rojos como la sangre. Recogíamos frutas del jardín del hospital de fisioterapia donde trabajaba Cario. Una monja nos sorprendió una vez con nuestro saco de verduras mientras sacaba a pasear a un anciano por la pequeña pista de carreras, y Hallie y yo nos limitamos a saludarla con la mano. Le dijimos que vivíamos de lo que nos daba la tierra.

Nuestro hogar se vino abajo cuando ella se fue. Ella era nuestro centro de gravedad, la única de los tres que veía la vida como un proyecto controlable. Cario era huérfano como yo. Nos olvidamos de las plantas de la entrada, que quedaron como patatas fritas de bolsa, y Cario se mustió como si también necesitara agua. Todos los hombres que he amado la preferían a ella y se quedaban conmigo. No me molestaba tanto como se puede suponer; podía entenderlo. Yo también la quería.

Entonces su vida con las Noline llegó a su fin. Podía marcharse a donde quisiera. Cario era un trotamundos: era médico especialista en urgencias, lo que le proporcionaba una libertad casi desconocida dentro de la profesión. Le resultaba fácil encontrar trabajo, siempre dispuesto a ocuparse del cuerpo humano tan pronto como uno de los traumas de la vida lo sacudía. Cario y yo nos conocimos en la facultad de medicina, y en los años que pasa-

mos juntos acumulamos más direcciones que la guía telefónica de Grace, Arizona. Por el camino yo encontré algunos trabajos aceptables, pero tenía tendencia a ir a la deriva, como si fuera una enviada a este planeta en espera de instrucciones. Mi carrera me había llevado directamente hasta los descampados de los arrabales. Es la verdad. Durante mis últimos seis meses en Tucson había hecho el turno de noche en un 7-Eleven, despachando cerveza y Alka-Seltzer a individuos que habrían hecho mejor en guardar cama. Ya no podía caer más bajo. Ahora estaba allí.

Una amiga del instituto, Emelina Domingos, se había ofrecido para venirme a buscar al autobús, pero yo le dije que no, que no se molestara, que ya me las arreglaría sola. El plan era que me alojara con la familia Domingos. No con mi padre. Mi relación con Doc Homer siempre había mejorado con la distancia, lo que quiere decir que el escaso correo ya bastaba, aunque prefería las llamadas entrecortadas. Yo pensé que todavía podíamos mantener algunos kilómetros de distancia entre nosotros, aunque él estaba enfermo y posiblemente se estaba muriendo. Ese iba a ser un tema delicado. No iba a dejarse rescatar tan fácilmente, y yo misma era un desastre en ese apartado. Pero él solo tenía dos familiares vivos, y el otro iba al volante de una camioneta Toyota en dirección a Nicaragua. Dejé mis maletas una junto a la otra y me senté encima un momento para orientarme. Creo que todavía confiaba en que Emelina acabaría apareciendo.

No había atisbo de vida humana, ni de vida *vigente* de algún modo. El único vehículo aparcado frente al palacio de justicia, una furgoneta azul, tenía cuatro ruedas pinchadas y una pegatina en el parachoques que decía «cada cosa a su tiempo». Creí recordar que ya estaba allí en 1972, el año en que acabé el instituto, me subí a un Greyhound por primera vez y le di la espalda a Grace. No había un alma en la calle, y pensé en esas películas en las que los ha-

bitantes de un pueblo se extinguen por uno u otro motivo. –Un holocausto nuclear, por ejemplo, o un mortífero virus mutante– dejando solo sus propiedades. Supongo que se trata de llamar la atención sobre cómo nos dejamos arrastrar por cosas superfluas, pero ese no era el lugar más adecuado para filmar una de esas películas. Grace ni siquiera había entrado en la era de los parquímetros, por poner un ejemplo. En los muros del palacio de justicia había unas argollas de hierro para que uno pudiera atar el caballo.

Intenté imaginarme a Doc Homer bajando al pueblo a lomos de un caballo, con su aspecto simplón, con su espalda larga y rígida dando botes sin querer. Borré esa fantasía de mi mente, sintiéndome culpable. Era demasiado tarde para vengarme mentalmente de mi padre.

No quedaba gran cosa de la zona comercial de Grace. Desde el otro lado de la calle me acechaba el escaparate de Confecciones Hollywood, que mostraba un feroz despliegue de poliéster. Los maniqués sin cabeza estaban de punta en blanco, con mocasines de vinilo plateado y las uñas pintadas de rojo. Si me movía un poco podía añadir mi propio reflejo al escaparate: yo y mis Levi's, mi pelo a lo Billy Idol. (Yo era la única que tenía cabeza). Una amiga mía solía hacer extraños *collages* como ese: Nancy Reagan con abrigo de visón entre los esclavos de un mural egipcio; la Barbie Malibú montada en un trineo tirado por perros en una competición alpina. Los vendía por un pico.

Confecciones Hollywood estaba al lado del Jonny's (abierto todo el día) y del cine. Detrás de esos edificios pasaba la vía del tren. Al lado del Jonny's estaba el State Line Bar y el Colmado Baptista. Intenté imaginarme dentro de alguno de esos locales; sabía que había estado allí. Guiando a Hallie por los pasillos del Colmado un sábado cualquiera, tachando productos de la lista de Doc Homer. Sentada después en el Jonny's, encorvada en un reservado bebiendo la Coca-Cola prohibida, observando con admi-

ración la gracia lejana y espontánea de las chicas que tenían madres y amigos. Pero no pude verlo. Esas cosas me parecían tan afines a mis propios recuerdos como otras cosas que recuerdo de algún libro que he leído más de una vez.

En el autobús expliqué mentiras. Le conté a la mujer que se sentaba a mi lado que era una turista canadiense y que nunca había estado en Grace. Solía hacer eso a veces, contar mentiras en aviones y autobuses... ayuda a pasar el rato. Y a la gente le encanta. Se creen lo que sea con tal de que lo adornes con muchos detalles. Una vez me pasé todo un vuelo transoceánico explicándole a cierto pasajero sombrío y austero que yo había colaborado en París en el desarrollo de un descubrimiento médico, consistente en inyectarles hormonas a cadáveres humanos con el fin de preservar sus órganos y facilitar su trasplante. Le dije que iba a recoger un premio prestigioso, cuyo nombre improvisé sobre la marcha. El hombre parecía muy impresionado. Se parecía a mi padre.

Yo ya no hacía esas cosas, pues estaba más o menos reformada. Lo que dije esa mañana era una mentira muy semejante a la verdad, supongo, y preñada de temor: yo era forastera en Grace. Había estado catorce años ausente, y en mi fuero interno deseaba que no hubiera sido así: saldría del autobús y la tierra me saludaría con una sensación de pertenencia. Un telegrama en cinta perforada, disculpas, el lujo del perdón, por fin en casa. Grace se había convertido en el patrón con el que tasaba todos los lugares, como la foto ajada que llevan los huérfanos de las novelas de un lugar a otro, sin darse cuenta hasta el final de que es su propia casa.

Pero no ocurrió nada de eso. Grace me parecía tan inescrutable como un idioma desconocido. Y Emelina no aparecía. Cogí mis maletas y empecé a andar.

Oh Dios, el terror de los principios. Temía encontrarme con toda esa gente que me iba a decir «¿Cuánto tiempo